

1.836. *Haced penitencia... ya la segur está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego* (Mt. 3, 8-10).

(Mt. 3, 8-10).

1.837. *Arrepentíos y creed en el Evangelio* (Mc. 1, 15).

1.838. *He venido a llamar a los pecadores a penitencia* (Lc. 5, 32).

1.839. *Si vivís según la carne moriréis; pero si con el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis* (Rom. 8, 13).

1.840. *Mortificad vuestros miembros terrenos...* (Col. 3, 5).

1.841. *Si el impio se aparta de su iniquidad y guarda todos mis mandamientos..., todos los pecados que comió no le serán recordados* (Ez. 18, 21-22).

1.842. La verdadera penitencia consiste en llorar o detestar los pecados cometidos, y éstos no volverlos a cometer (S. Gregorio Magno).

1.843. La penitencia es una verdadera conversión o vuelta a Dios del que uno estaba alejado por el pecado. «*Volveos, convertíos a Mí y seréis salvos*» (Is. 45, 22).

1.844. La virtud de la penitencia, la destestación del pecado es necesaria a todos. Jesús lo dijo así: *Si no hicieris penitencia, todos pereceréis igualmente* (Lc. 13, 3).

1.845. Penitencia es voluntaria y alegre renuncia a todo consuelo corporal (S.J. Clímaco).

La penitencia podemos considerarla como sacramento y como virtud. Aquí la consideraremos como virtud. La penitencia cristiana no es otra cosa que la «reparación del pecado» y, por tanto, consiste en el arrepentimiento y destestación de nuestros pecados por motivos divinos y sobrenaturales.

La penitencia puede ser interna y externa. La «interna» es el dolor de corazón y amargura del alma por los pecados que se han cometido» (S. Ambrosio), o como dice San Gregorio Magno: «La verdadera penitencia consiste en llorar o detestar

los pecados cometidos, y éstos que se detestan, no volverlos a cometer».

La penitencia «externa» consiste en las obras penosas con las que satisfacemos por nuestros pecados, tales son: ayunos, vigilas, cualquier mortificación corporal. Estas pueden ser voluntarias o impuestas por la Providencia como el dolor, las enfermedades, etc, las que se deben soportar con igualdad de ánimo para expiar nuestros pecados.

Si bien ambas penitencias son buenas, la interna aventaja a la externa, como el alma al cuerpo. La externa a veces pide discreción y consejo.

Veáse «Mortificación», «Abnegación», «Conversión».

PEREZA

1.846. *La pereza trae sueño y el haragán hambre* (Prov. 19, 15).

1.847. *La ociosidad enseña muchas maldades* (Eclo. 33, 29).

1.848. *El que se abandona a la ociosidad es un insensato* (Prov. 12, 11).

1.849. *Ve, oh perezoso, a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiento, reúne su comida al tiempo de la mies... Ve a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica labor... ¿Hasta cuánto, perezoso, dormirás, cuándo despertarás de tu sueño?...* (Prov. 6, 6-11).

1.850. *¿Cómo estáis aquí todo el día ociosos?... Id también vosotros a mi viña* (Mt. 20, 6-7)

1.851. *El perezoso quiere y no quiere* (Prov. 13, 4).

1.852. *Maldito el que hace la obra de Dios con fraude y negligencia* (Jer. 48, 10).

1.853. El retrato del perezoso que pasa todo el día sin hacer nada, lo hallamos en aquellas palabras: *¿Cómo estáis aquí todo el día ociosos?...* (Mt. 20, 1 ss).

1.854. *La ociosidad enseña muchas maldades* (Prov. 33, 29). El perezoso se hace indigno de la existen-

cia, y como al árbol sin fruto hay que decir: *¿Para qué ocupar terreno en balde?*

1.855. *Todo perezoso está siempre en la miseria* (Prov. 21, 5).

1.856. Hay tres modos de no hacer nada: 1º Estar ocioso. 2º No hacer lo que debiera hacerse o hacer lo que no debiera hacerse. 3º Hacer mal lo que se hace.

1.857. La pereza trae la ignorancia..., ahuyenta los buenos pensamientos, los buenos deseos, las luces, la gracia, la virtud y todos los bienes (S. J. Crisóstomo).

1.858. El tiempo actual es tiempo de trabajo. «Ocupaos siempre en algo para que el maligno espíritu no os encuentre ociosos» (S. Jerónimo).

1.859. No huyáis del trabajo para no perder la corona (S. Efrén).

1.860. Nunca el alma entregada a la pereza produce nada bueno. La ociosidad es madre de todos los vicios.

La historia del perezoso se refleja en estas palabras: «quiere y no quiere». Los que se limitan a decir «querrían», pero en realidad no quieren porque no ponen los medios para serlo ¡Cuántos santos *en futuro*, pero pecadores en realidad!

El perezoso es un ser inútil, ¿para qué sirve su vida? Es la higuera estéril del Evangelio que inútilmente ocupa la tierra... «Todo árbol que no da buen fruto será cortado y arrojado al fuego»... La ociosidad, dice el adagio, es madre de todos los vicios.

«Como una tierra que no ha sido sembrada ni plantada, produce toda clase de malas hierbas, así el alma que no tiene nada que hacer se entrega a actos de depravación» (S. Crisóstomo).

«La ociosidad es la pérdida de la hora que pasa y no vuelve... La ociosidad produce la afeminación de la carne, engendra el orgullo... El agua que no corre se corrompe...» (S. Ciril. Cat. 2).

El tiempo actual es tiempo de trabajo. La eternidad será el día del descanso y premio eterno.

El hombre recogerá lo que haya sembrado (Gál. 6, 7-8).

PERFECCION CRISTIANA

1.861. *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*

Esta llamada de Cristo a la perfección es común a todos (Mt. 5, 48; LG. 32). Todos, pues, podemos y debemos ser perfectos en la medida que nos es dado.

1.862. La perfección consiste en imitar a Jesucristo, nuestro «modelo de perfección» (LG. 40), que nos manda y enseña a amar a Dios y al prójimo.

1.863. La perfección cristiana exige que todo lo hagamos por Dios: lo fácil y lo difícil, lo que gusta y lo que no gusta, esto es, trabajar por El, descansar por El, recrearse por El... porque El lo ha dispuesto así.

1.864. Santa Teresa del Niño Jesús dijo: «He comprendido que toda perfección y toda santidad se reduce a estas dos cosas: *«amar y sufrir»*. El amor lo suaviza todo y hace amable y deseable el sacrificio.

1.865. Tanto más progresarás en la perfección cuanto más violencia te hicieres (Kempis).

1.866. Tenerse a sí mismo en nada y sentir bien y favorablemente de los demás, es indicio de gran sabiduría y perfección (Id.).

1.867. Si todos los años estirpáramos un solo vicio, pronto llegaríamos a ser hombres perfectos (Id.).

1.868. Bien está la observancia exterior, pero si todo progreso espiritual lo hacemos consistir en ella, pronto languidecería nuestro fervor (Id.). La reforma debe partir del interior, de la purificación de las pasiones.

1.869. La verdadera perfección consiste en esto: Hacer siempre la santísima voluntad de Dios (S. Pablo de la Cruz).

1.870. Para alcanzar la perfección es necesario sufrir nuestra imperfección (S. F. de Sales).

1.871. La esencia de la perfección está en la caridad, mas para adquirir ésta son necesarios estos tres medios: castidad, pobreza y obediencia.

1.872. *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt. 5, 48).

1.873. *Si alguno no peca de palabra es varón perfecto, capaz de gobernar con el freno todo su cuerpo* (Sant. 3, 2).

1.874. *Ora comáis, ora bebáis, ora hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a mayor gloria de Dios* (1 Cor. 10, 31).

¿En qué consiste la perfección? En imitar a Jesucristo y hacer que El viva en nosotros, pues El es «el modelo de la perfección» (LG. 40), y el que predicó a todos, sin distinción, la santidad de vida, de la que El es el iniciador y consumidor: «Sed, pues, perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Esta llamada a la perfección es común a todos (LG. 32).

Todos, por consiguiente, podemos y debemos ser perfectos en la medida que nos es dado, ya que estas palabras: «sed perfectos» a todos los que podemos y se nos ha enseñado a rezar: «Padre nuestro... ». Por eso dice: como vuestro Padre celestial es perfecto.

La perfección no se concibe sin la caridad.

Santo Tomás lo dice así: «La esencia de la perfección consiste en la caridad», principalmente en el amor a Dios, y de modo secundario en el amor al prójimo.

San Francisco de Sales se expresa así:

«No oigo sino hablar de perfección, y veo que son muy pocos los que la entiendan y practiquen bien. Cada cual fabrica una perfección a su modo y según sus inclinaciones particulares: unos la ponen en la austeridad del vestido; otros en la frecuencia de sacramentos, en la oración o en la multiplicidad de devociones...; pero todos se engañan, pues aunque todas esas cosas son en sí mismas buenas y santas, poner precisamente en ellas mismas la perfección, es tomar los medios por el fin o los efectos por la causa.

Por lo que a mí toca, añade el santo, no sé si conozco otra perfección que «amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo». Sin esto toda perfección es una perfección falsa y de puro nombre, y todas las perfecciones juntas, sin el amor de Dios, me parecen como un montón de piedras».

PERSEVERANCIA

1.875. *El que perseverare hasta el fin, se salvará* (Mt. 24, 13).

1.876. Fulano se ha vuelto al mundo. Y dijo el Abad Teodoro: No te maravilles por eso. Lo que te ha de maravillar es oír que uno ha podido escaparse de la boca del enemigo.

1.877. No hay peor pasión que la presunción (Abad Agatón).

1.878. No confíes en ti hasta que salgas de este cuerpo, pues aunque digas: «Yo estoy muerto ya», el diablo no ha muerto aún (Un Abad).

1.879. Perseverad para ser coronados (S. J. Crisóstomo).

1.880. Sin la constancia, ninguna virtud es grande.

1.881. Empieza y continúa. No digas: «Yo empezaré cuando empiecen otros». Y si todos se echan esas cuentas, nunca nadie comenzará.

1.882. *Sé fiel hasta la muerte y te dará la corona de la vida* (Apoc. 2, 10). *El que crea firme, tema no caiga* (1 Cor. 10, 12).

1.883. *Conviene siempre orar y no desfallecer* (Lc. 18, 1). Todos estos (los apóstoles) perseveran unánimes en la oración con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús... (Hech. 1, 14).

1.884. *Fructificad como los rosales plantados cerca de las aguas* (Eclo. 39, 17).

Jesucristo, nuestro modelo, nos dio ejemplo maravilloso de esta virtud. El perseveró hasta el fin de su vida en la práctica de todas las virtudes: *fue obediente hasta la muerte...*, «oró y ejercitó la caridad» hasta el momento de expiar en la cruz... y aconsejó la oración perseverante: «Conviene siempre orar y no desfallecer»..

Nuestro deber es imitarle y orar para perseverar en la vida de la gracia, para vencer las tentaciones.

«Una piedra cuadrada, dice San Agustín, no se bambolea, como aquella piedra, estad prontos a sostener todas las tentaciones, y por más esfuerzos que se hagan para derribaros, mostrad firmeza en la perseverancia. Que toda clase de ataques os halle inquebrantables». (Lib. de Morib.).

«Bienaventurados los que, no contentándose con lo que han hecho, cada día se renuevan y adelantan como el apóstol; porque la justicia cesa para el justo el día que se detiene en el camino. Comenzar no basta; es preciso concluir» (S. Jerónimo).

La mujer de Lot fue convertida en estatua de sal, para enseñarnos que la sabiduría consiste en ir adelante, y la locura en retroceder. Instrúyanos tal ejemplo...

Para perseverar es necesario trabajar e ir en la presencia de Dios, cumplir exactamente su santa ley, amarle con todo nuestro corazón, tender cada día y siempre a obrar mejor... y ante el confusionismo de ideas, lo mejor es unirse fuertemente a la inmóvil piedra de la Iglesia católica, apostólica y romana...

PLEITOS

1.885. *¿De dónde entre vosotros tantas guerras y pleitos? ¿No es de las pasiones y codicias, que luchan en vuestros miembros? Codiciáis y no tenéis; matáis, ardéis en envidia y no alcanzáis nada; os combatís y os hacéis la guerra* (Sant. 4, 1-2).

1.886. *No pleitees con nadie sin razón, si no te ha hecho agravio* (Prov. 3, 30).

1.887. *Lo que han visto tus ojos no lo hagas enseguida objeto de litigio, pues ¿qué harás luego, cuando venga tu adversario y te ponga en evidencia?* (Prov. 25, 8).

1.888. *El malvado no busca más que hacer el mal* (Prov. 17, 11) (y pleitea por cualquier cosa).

1.889. *El hombre iracundo enciende los pleitos, absteneos de ellos y disminuirán vuestros pecados* (Eclo. 23, 10-11).

1.890. Lo propio de un hombre cuerdo es no entablar sin necesidad un pleito; detenedlo, si está empezando, o haced por lo menos todos los esfuerzos por arreglar la dificultad pendiente.

1.891. Los pleitos destruyen la paz y la caridad: la paz para uno mismo, y la caridad para los otros, bienes infinitamente preciosos, que valen más que todas las ganancias de los pleitos.

Los pleitos ordinariamente proceden de la avaricia, del odio y de la locura, y también de la intemperancia, de la lengua, del orgullo... Muchas veces una palabra, una injuria, un cuento falso o una calumnia engendran pleitos...

Los pleitos causan multitud de desgracias y desórdenes, pues engendran mil cuidados y penas, mil pesares, peligros, ignominias y la ruina de las fortunas...

Muchas veces ocasionan más pérdidas, aún ganándolos, que si desistiese de ellos en un principio...

Los pleitos destruyen la paz y la caridad; la paz para uno mismo, y la caridad para los otros, bienes infinitamente preciosos, que valen más que todos las ganancias de los pleitos... Los pleitos, si no se cortan a tiempo, se multiplican y llegan a ser interminables...

Los pleitos arrastran consigo gritos, amenazas y odios. Combatid el orgullo, manantial de todos los males.

POBREZA

1.892. La virtud de la pobreza es *desprendimiento* de las cosas terrenas: *Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes. dalo a los pobres y sígueme* (Mt. 19, 21).

1.893. *Si las riquezas afluyen a vuestras manos, no apeguéis vuestro corazón a ellas* (Sal. 62, 11).

1.894. ¿Por qué dicen los santos que la pobreza es un «tesoro»? Porque las verdaderas riquezas no se componen de los bienes de este mundo, que hay que dejar aquí.

1.895. ¿Qué se gana con poseer lo que no podemos llevar con nosotros? (Abad Antonio).

1.896. Los pobres de bienes de este mundo, los que no tienen tierra, ni casa, ni monedas de oro y plata, son pobres a los ojos del mundo ciego; pero ricos a los ojos de Dios.

1.897. El oro y las riquezas son una carga pesada que agobia a los que la llevan.

1.898. La pobreza es un vaciarse de la tierra para dedicarse a las cosas de Dios.

1.899. Nuestro modelo de pobreza es Jesucristo, quien siendo el dueño de las riquezas por ser el Creador de todas las cosas, nace pobre, vive pobre y muere pobre.

1.900. La pobreza voluntaria consiste en seguir a Cristo pobre, en participar en su misma pobreza, que vivió de tal modo que no tenía donde reclinar la cabeza (Mt. 8, 20).

1.901. No es virtud la pobreza, sino el amor a la pobreza (A. C.).

1.902. Eligiendo la pobreza, Jesucristo la hizo digna de alabanzas y de honor. Cuando honramos a los pobres, en ellos le honramos a El (Mt. 25, 40).

1.903. *El que maltrata al pobre injuria a su Hacedor, el que tiene piedad del pobre le honra* (Prov. 14,31).

1.904. ¡Qué locura colocar vuestras riquezas en donde no habéis de vivir, y no colocarlas en donde habéis de ir para siempre! Colocad vuestros tesoros en vuestra Patria, que es el cielo (S. J. Crisóstomo).

1.905. El que es rico según Dios, no debe amontonar tesoros, sino distribuir lo que posee a los pobres (S. Ven. Beda).

1.906. El cielo pertenece a los pobres, y allí envían ellos a sus bienhechores.

1.907. El que no tiene nada en la tierra es rico en el cielo, es un ser celestial, angélico y divino... (S. Cipriano).

1.908. Abandonad los bienes de la tierra y recibiréis los del cielo; porque la pobreza compra el reino de los cielos (S. Agustín).

1.909. La pobreza es el camino de la salvación, el

fundamento de la humildad y de la perfección... (S. F. de Asís).

1.910. Los apóstoles y primeros cristianos practicaron a la letra la pobreza, y estaban satisfechos teniendo alimento y vestidos (1 Tim. 6, 8).

1.911. No se sepulte vuestra alma en el oro; elévese más bien al cielo (S. Jerónimo).

1.912. Dios busca un corazón vacío de las cosas de la tierra para entrar en él y poseerlo por entero.

1.913. El verdadero cristiano es pobre en dinero; pero rico en virtud; duerme más pacíficamente echado en la tierra, que el que tiene oro y descansa en la púrpura (S. Ven. Beda).

1.914. ¿Quién es rico? dice el poeta: El que nada codicia. ¿Quién es pobre? El avaro.

1.915. No busquemos riquezas que habremos de dejar un día; si queremos bienes, vayamos en busca de los que hemos de poseer eternamente (S. Greg. Magno).

1.916. El pobre nada tiene y goza de la seguridad más completa; por el contrario, el rico y el poderoso temen siempre algún peligro (S. J. Crisóstomo).

1.917. El mal no está en la pobreza, está en el pobre. El que acepta voluntariamente la pobreza, es rico (Séneca).

1.918. El pobre que tiene una buena conciencia es infinitamente más rico que el que no la tiene.

1.919. La pobreza es camino, el mismo por donde vino nuestro Emperador del cielo (S. Teresa de Jesús).

1.920. Me ha dado el Señor a entender los bienes que hay en la santa pobreza, y los que probaren lo entenderán (Id.).

1.921. ¡Con qué amistad se tratarían todos si faltase interés de honra y de dinero! (Id.).

1.922. Si falta el deseo de ser pobre, falta el espíritu y se afloja en virtudes, y si de voluntad no lo fuera, no era verdadero pobre (S. Juan de la Cruz).

1.923. Las riquezas de todo lo criado, comparadas con la riqueza que es Dios, es suma pobreza y miseria (Id.).

1.924. La satisfacción del corazón no se halla en la posesión de las cosas, sino en la desnudez y pobreza de espíritu (Id.).

1.925. El pobre que aborrece la pobreza, lleva una vida miserable; y por el contrario, el que no sólo la sufre con resignación, sino que está contento con su suerte, vive dichoso...

1.926. Al ver la vida de San Antonio Abad, San Francisco de Asís y otros, notamos que tenían la pobreza en gran estimación y la preferían a todos los bienes de la tierra...

1.927. *Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él. Teniendo con qué alimentarnos y con qué cubrirnos, estemos con esto contentos* (1 Tim. 6, 7-8).

1.928. *Jesús siendo rico se hizo pobre con nosotros, para enriquecernos con su pobreza* (2 Cor. 8, 9).

1.929. *Le salió al encuentro un escriba, que le dijo: Maestro, te seguiré adonde quiera que vayas. Dijole Jesús: Las raposas tienen cuevas y las aves del cielo, nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza* (Mt. 8, 19-20).

1.930. *No me des ni riquezas ni pobreza. Dame aquello de que he menester. No sea que harto te desprecie y diga: ¿Quién es Yahvé?, o necesitado robe y blasfeme el nombre de mi Dios* (Prov. 30, 8).

1.931. *No alleguéis tesoros en la tierra... Atesorad tesoros en el cielo...* (Mt. 6, 19-20).

Nuestra naturaleza está inclinada a la comodidad, a las riquezas, a los placeres...; pero el ejemplo de Cristo se nos pone delante. El, Creador y propietario de las riquezas existentes en el mundo, nace pobre y vive pobremente hasta que muere en una cruz despojado de todo. Y ¿por qué renuncia a todas las cosas como si no fueran suyas? ¿Por qué practica la pobre-

za pudiendo nacer en un palacio? Nace pobre para hacernos a nosotros ricos, para darnos a conocer que las verdaderas riquezas no son las de la tierra, que un día hemos de abandonar, sino las sobrenaturales como: la gracia, las virtudes, la gloria. El Vaticano II nos dice que la pobreza voluntaria consiste en seguir a Cristo pobre... Necesitamos *pobreza espiritual*, desprendimiento interior de los bienes temporales, y *efectiva*...

Jesucristo, los apóstoles y los primeros cristianos practicaban a la letra la pobreza... Los primeros cristianos lo que tenían era común a todos (Hech. 4, 32).

Al ver las vidas de San Antonio Abad, San Francisco de Asís, San Francisco de Borja, Santa Clara, Santa Isabel de Hungría y de tantos otros, que vivían el Evangelio, notamos que tenían la pobreza en gran estima y la preferían a todos los bienes de la tierra...

Ved las Ordenes religiosas en su nacimiento: ¿Es posible indigencia más absoluta que la suya? Cuando, permitiéndolo Dios, algunas de ellas han caído en la relajación, la causa de tanto mal han sido las riquezas...

Al mismo tiempo que entra en un claustro el dinero, salen el espíritu de Dios, los bienes de la gracia y la vocación del cielo...

Si examinamos las causas de muchas defecciones, estas provienen de la vida de comodidad, del regalo, de la poca mortificación y entrega a Dios...

«La pobreza es un gran tesoro». Esta expresión es un contrasentido para el mundo; pero el lenguaje de Cristo y de los santos es muy distinto. Si repartes lo que tienes a los pobres, dijo Jesús, «tendrás un tesoro en el cielo». Y San Francisco de Asís dijo: «La pobreza es un tesoro oculto para cuya compra es preciso vender todo lo demás y despreciar todo lo que no se puede vender. Todos los bienes de la tierra no son nada comparados con el valor de la pobreza».

La pobreza, según este santo, es una entrega y servicio a Dios y a las criaturas por Dios, es decir, es un vaciarse de las cosas de la tierra para dedicarse a las de Dios.

El que la pobreza sea un tesoro es porque las verdaderas riquezas no se componen de las cosas o bienes de este mundo, que hemos de dejar un día sino que consisten en valores eter-

nos que nos ha de acompañar después de la muerte: La gracia, las obras de caridad, la virtud y amistad con Dios.

Los que no tienen tierras, ni casa, ni monedas de oro o plata son pobres a los ojos del mundo, pero son ricos a los ojos de Dios si viven en gracia. La pobreza como virtud es una de las más bellas, porque por ella el hombre religioso se desprende de *lo que no es* para adquirir y poseer *lo que es*, lo que tiene valor, o sea, a Dios objeto de su dicha, lo único duradero y eterno... Dios solamente es el Bien Sumo.

PREDESTINACION

1.932. *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, porque tuve hambre y me distéis de comer...* (Mt. 25, 34).

1.933. *A los que conoció de antemano, a esos predestinó, llamó, justificó, y luego los glorificó* (Rom. 8, 29-30).

1.934. *¡Oh hombre! ¿Quién eres tu para pedir cuentas a Dios? ¿Acaso dice el vaso al alfarero: ¿Por qué me has hecho así? ¿O es que no puede el alfarero hacer del mismo barro un vaso para usos honorables y otro para usos viles?* (Rom. 9, 20-21).

1.935. *¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!...* (Rom. 11, 33-34).

1.936. *Dios quiere que todos se salven... Cristo Jesús se entregó a sí mismo para redención de todos* (1 Tim. 2, 4-6).

Predestinación es «una presciencia con la que Dios ha previsto lo que haría» (S. Agustín).

Principios básicos que hemos de tener en cuenta para resolver esta cuestión que tanto preocupa a muchos.

Es de fe que Dios, por un designio eterno de su voluntad, ha predestinado a determinados hombres a la eterna bienaventuranza (Mt. 25, 34), y así lo expone Santo Tomás (1

P. q. 23, a. 4) y que existe un proceso de predestinación (Rom. 8, 29).

Por otra parte «Dios quiere que todos los hombres se salven», y conocemos el hecho de la redención universal de Cristo (1 Tim. 2, 6; 1 Jn. 2, 2).

Además, Dios no nos da el cielo *gratis* y quiere que nos esforcemos en hacer buenas obras y guardar sus mandamientos para lograrlo (2 Ped. 1, 10; Mt. 19, 17), y finalmente reprende por no corresponder a sus gracias (Is. 5, 4; Mt. 11, 20-21).

Según estos principios tenemos:

1. Que si Dios quiere que todos se salven, es que da a todos las gracias necesarias para salvarse y a nadie quiere condenar antes de la previsión de sus culpas, y por eso dice S. Agustín: «Bueno es Dios, justo es Dios; puede salvar a algunos sin méritos porque es bueno; pero no puede condenar a nadie sin su culpa, porque es justo».

2. Es cierto que Dios ya previó el pecado con el que se le ofendería; pero la presciencia divina no hace a Dios responsable del pecado del hombre.

Notemos que *ver* no es obrar. *Saber* tampoco es forzar o violentar. Es cierto que Dios lo ve todo pero no porque lo ve o lo sabe suceden las cosas, sino porque las cosas suceden, Dios las ve.

Ejemplo: Tu ves que un barco se está hundiendo, pero «no se hunde porque lo ves, sino porque se está hundiendo lo ves».

En Dios no hay futuro, sino que todo está presente. El no *prevé* como nosotros, sino que *lo ve...*, mas la visión de Dios no presiona la voluntad del hombre... Dios ve todos sus actos «porque ellos habían de realizarse *libremente*».

3. Si Dios sabe que tal persona se había de condenar, ¿por qué la creó? Dios ha creado un mundo del cual se derivan males, pero también muchos bienes, y mejor es existir o ser que no ser. Nos hizo un bien al crearnos, y si nos condenamos es por usar mal de la libertad que nos ha dado para hacer obras buenas y merecer.

En consecuencia: El crimen que hoy se comete, ese acontecimiento libre del hombre, Dios lo conoce..., pero notemos que el hombre goza del don de la libertad y por tanto el mal que él comete, puede no cometerlo, y Dios deja al hombre en su libertad. Por eso reprende y amenaza con castigos cuando no se cumplen sus mandamientos (Is. 5, 4; Mt. 11, 20-21).

La reprobación o condenación no es de antemano por parte de Dios, sino después de previsto el mal del pecador.

«Dios supo absolutamente de antemano que los buenos habían de ser buenos por su gracia y que por la misma habían de recibir los premios eternos, y previó que los malos habían de ser malos por su propia malicia y había de condenarlos con eterno castigo por su justicia». Los que se perdieron no es porque no pudieran ser buenos, sino *porque no quisieron ser buenos* (Conc. Val. III. 321).

Preguntaron una vez a un niño de escuela: «¿Quién creó los demonios?» Y él contestó rectamente: «Dios los hizo ángeles, pero ellos se hicieron demonios». Esto sucede exactamente con el hombre que se condena.

PRUDENCIA

1.937. La prudencia es la ciencia de los santos. *Sigue el consejo de los prudentes, y no desprecies ningún buen consejo* (Tob. 4, 18).

1.938. La prudencia es el ojo y el piloto del alma, así como de todos los movimientos y acciones. El prudente es, pues, el que ve de lejos (Santo Tomás).

1.939. Pensad dos veces las palabras antes de que las profiera la lengua... Quitad la prudencia, y la virtud será vicio (S. Bernardo).

1.940. Séneca dijo: «El que no sabe callar, no sabe hablar». No obréis pronto sino después de haber examinado cuidadosamente; no reflexionar es locura».

1.941. La prudencia es la ciencia del discernimiento entre el bien y el mal... «Un hombre falto de prudencia es semejante a un navío sin piloto, que es llevado de acá para allá, como juguete de los vientos...» (San Basilio).

1.942. El hombre prudente mide sus discursos y los pesa en la balanza de la justicia, para que haya gravedad en su razón, y peso en lo que dice. Obrando así manifiesta dulzura, bondad y modestía (S. Ambrosio).

1.943. *Aprende dónde está la prudencia, dónde la fortaleza, dónde la inteligencia, para que a la vez conozcas dónde está la larga vida y la dicha, dónde la luz de los ojos y la paz* (Bar. 3, 14).

1.944. *El prudente ve el peligro y se esconde, el simple sigue adelante y la paga* (Prov. 27, 12).

1.945. *El simple todo lo cree, el prudente pone atención a sus respuestas..., el hombre reflexivo no se impaciente* (Prov. 14, 15-17).

La prudencia es la primera de las cuatro virtudes cardinales que inclina a la elección y empleo recto de los medios adecuados para la consecución del fin.

«La prudencia es la reina de las virtudes morales en cuanto que a todas las preside y gobierna, de tal suerte que, en el momento que alguna de ellas se ejercitara imprudentemente, dejaría de ser virtud para convertirse en vicio». Sin la prudencia todas las demás virtudes pierden su brillo y hermosura.

La prudencia nos enseña a examinar con *discreción* lo que es bueno para practicarlo y lo que es malo para evitarlo, lo que es verdadero y lo que es falso...

Nos pide además discreción en el hablar, en el trabajo, en el vestido..., en cuantas cosas hacemos.

La prudencia también nos enseña a ser *dóciles*, a saber aconsejarnos de los más prudentes, a escuchar con paciencia, y cuando es razonable lo que dicen contra nuestra mala conducta, aceptarlo sin enfado, antes bien con agradecimiento, por cuanto que se nos dice para nuestro bien... Además nos enseña a hacer las cosas con *diligencia*, a no dejar para después lo que puedes hacer ahora y a hacerlas a su debido tiempo.

Jesús dijo: «Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas» (Mt. 10, 16). A la prudencia de la serpiente que procura defender la cabeza de los golpes, ha de ir unida la sencillez de la paloma, o sea, la sinceridad de ánimo ajena a toda doblez y dolo.

El hombre prudente, según S. Bernardo, no hace nada sin haber examinado y previsto estas tres cosas: 1. si lo que desea hacer está permitido; 2. si es conveniente, y 3. si es ventajoso. «No obréis pronto sino después de haber examinado cui-

dadosamente; no reflexionar es locura» (Séneca). Se deben medir los discursos y las palabras... La prudencia es la ciencia de los santos.

PUREZA DE INTENCION

1.946. *Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos* (Mt. 5, 20).

1.947. *Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre que está en los cielos* (Mt. 6, 1).

1.948. *Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos* (Mt. 5, 16).

1.949. *La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante más que una espada de dos filos... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón* (Heb. 4, 12).

«La intención pura en el obrar es de tanto precio, que es base y fundamento de todo edificio espiritual» (S. Greg. Magno).

Las buenas obras no hay que hacerlas para agradar a los hombres o para que las vean y nos alaben, sino que hay que hacerlas para agradar a Dios ante todo.

A los fariseos les gustaba ser tenidos por justos y observantes de la ley, siendo así que internamente estaban llenos de vicios, sobre todo de hipocresía y de soberbia, y como pusieran la virtud en exterioridades e hicieran las cosas para ser vistos de los hombres, como el orar, el ayuno, el hacer limosnas..., el Señor nos previene para que nuestra justicia, o sea, nuestras buenas obras las hagamos con rectitud de intención sin buscar los aplausos de los hombres pues Dios ve lo oculto y lo premiará...

La intención pura consiste en no buscar más que a Dios en nuestros pensamientos y nuestras acciones en no ver más que a El, y no ver más que su voluntad, mirando siempre a Dios como único fin nuestro...

Jesucristo aprueba la oración pública y en común y el que obremos siempre bien; lo que condena es la ostentación, la vanidad. Si buscamos la gloria de Dios, no debemos apurarnos por el éxito o falta de éxito, pues el éxito pertenece a Dios. Hagamos todo «a mayor gloria de Dios». Nuestro buen ejemplo siempre puede mover a otros a hacer el bien.

RELIGIOSOS

1.950. ¿Qué es un religioso? Es el que vive según la regla y según Dios (S. Gregorio Magno). Las Constituciones son decálogo del religioso y camino del cielo.

1.951. Todo el espíritu religioso se pierde en un monasterio, si los superiores dejan que se introduzca la negligencia descuidando las cosas pequeñas... Donde hay más disciplina, hay más vocaciones.

1.952. Santa Teresa de Avila decía: «Vida religiosa es largo martirio», martirio que las almas entregadas a Dios saben llevar con alegría por la esperanza del cielo.

1.953. Los más grandes santos evitaban cuanto podían las compañías de los hombres y elegían vivir para Dios en el retiro (Kempis).

1.954. Dios no habla en el corazón sino en el recogimiento S. F. (Fremiot de Chantal).

1.955. Si entras en el claustro con el fin de servir a Dios, hazte con frecuencia esta pregunta: ¿A qué he venido y para qué he dejado el mundo? ¿No fue con objeto de vivir para Dios? (Kempis).

1.956. ¿De qué te sirve llevar el hábito de la religión, que es hábito de santidad, si se vive al mismo tiempo según el espíritu del mundo y con costumbres propias de seculares? (S. Bernardo).

1.957. Tratar con las gentes más de lo puramente necesario y la razón pide, a ninguno por santo que fuese, le fue bien (San Juan de la Cruz).

1.958. El que vive en la soledad se libra de tres guerras, a saber: de la guerra que nos hacen la vista, el oído y la lengua (S. Efrén).

1.959. El pez fuera del agua languidece y muere; así también el religioso, fuera del retiro, cae en la negligencia y en la tibieza y hace mal sus ejercicios espirituales (S. Antonio).

1.960. Es difícil que un árbol plantado a lo largo de una carretera conserve sus frutos hasta su madurez; y es también difícil que un alma en medio de las gentes del siglo conserve su inocencia hasta el fin (S. J. Crisóstomo).

1.961. Es necesario aislar el alma para ver a Dios... Difícil es en medio de las turbas ver a Cristo; el espíritu necesita la calma del recogimiento (S. Agustín).

1.962. Hay una enfermedad gravísima de la edad moderna: la ligereza y la irreflexión, que lleva extraviados a los hombres, la disipación continua, la codicia de las riquezas, que debilita y enreda en las cosas terrenas y transitorias, y no les deja elevarse a la consideración de las cosas eternas... *¿Cómo curar esta enfermedad?* Con la medicina de los Ejercicios espirituales. Ellos son el remedio de los tiempos presentes... (Pío XI).

REMORDIMIENTOS

1.963. El remordimiento de conciencia es uno de los suplicios más crueles. *Huye el malvado sin que nadie le persiga* (Prov. 28, 1).

1.964. Para vivir en gran paz y ser felices es menester obrar conforme a los mandamientos de Dios y al dictado de nuestra conciencia, pues la causa del remordimiento es el pecado.

1.965. Los remordimientos y los tormentos del alma son tantos cuantos sean los vicios (S. Jerónimo).

1.966. Dios es el que nos habla por nuestra conciencia, y por eso «la conciencia del pecador está siempre en

pena; jamás un alma criminal está tranquila y en paz; el remordimiento la devora» (S. Isidoro).

1.967. ¿Queréis no tener nunca remordimiento? Vivid santamente; el vivir bien proporciona siempre alegría y tranquilidad (S. Isidoro).

RESPECTO HUMANO

1.968. Respeto humano es un excesivo miramiento a lo que los hombres juzgarán o dirán de nosotros, de nuestras palabras o acciones.

1.969. El respeto humano es una bajeza y una locura, ¿por qué avergonzarse de hacer una obra buena, o sea, de aquello de que debiéramos gloriarnos ante Dios? Nada degrada, envilece y deshonra al hombre como el respeto humano.

1.970. Sé viril, sé hombre. No te avengüences ante nadie de parecer buen cristiano. ¡Qué cosa más baja y ruin es el temer cumplir nuestros deberes según conciencia, porque otros no se rían de nosotros!

1.971. Lo que eres a los ojos y al juicio de Dios, eso eres y nada más. ¿Quién eres tu para que temas al hombre mortal? Hoy es, y mañana no parece. Teme a Dios y no te espantes de los hombres (Kempis).

1.972. No esté tu paz en la boca de otros; pues si pensasen de ti bien o mal, no serás por eso hombre diferente. El que no desea contentar a los hombres, ni teme desagradarles, gozará de mucha paz (Kempis).

1.973. *Yo no me avergüenzo del Evangelio (Rom. 1, 16).*

1.974. *Quien se avergonzare de Mi y de mis palabras —dice Jesucristo— de El se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles (Lc. 9, 26).*

1.975. *A todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos...* (Mt. 10, 32-33).

1.976. Muchos de los jefes creyeron en Jesucristo; pero por causa de los fariseos no lo confesaban, por miedo a ser excluidos de la sinagoga, porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (Jn. 12, 42-43).

1.977. *Si aún buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo* (Gál. 1, 10).

El respeto humano es uno de los grandes obstáculos para ser virtuosos y es necesario combatirlo.

El respeto humano es esclavitud, cobardía y debilidad de carácter ¡Cuántos obran así: ¿qué dirá, qué se pensará si hago o no tal cosa?! Y de aquí que se sacrifique el deber, antes de permitir una palabra de desaprobación; se hace el mal por complacer a los demás, aparentando aún ser peor de lo que somos en realidad...

El que se deja llevar del respeto humano es porque desea complacer a los hombres. Teme desagradarles y hasta tiene miedo de obrar bien por no desagradar al que obra el mal y omiten obras buenas por el mismo motivo. Muchos llegan a ser cristianos según el capricho ajeno y no según el Evangelio, por conformar su religión a las ideas de los demás. ¡Ay del que se avergüenza ante otros de parecer buen cristiano, y hasta teme cumplir sus deberes según conciencia porque otros no se rían de él!...

El apóstol Pedro cayó ante el temor de una sirvienta en la Pasión del Señor. Tal es la debilidad y cobardía del respeto humano. Hemos de pisotearlo y seguir la conducta de San Pablo: «Yo no me avergüenzo del Evangelio».

Jamás busquemos agradar a los hombres que se apartan de la ley de Dios. «Teme a Dios y no te espantes de los hombres» (Kempis). ¡Sé viril, sé hombre! No te avergüences jamás de ser buen cristiano.

RENOVACION

1.978. ¡Cuánto se habla de renovación! Mas «nos llenan de temor —dijo Pablo VI— ciertas orientaciones y prácticas en el clero y en los religiosos». La santidad no será santidad sin virtudes heroicas.

1.979. Se necesita una adecuada renovación de la vida religiosa (PC. 1). «¡Renovación que les haga más conformes con la vida de Cristo!..., crecimiento de una más diligente observancia de la regla» (Pablo VI).

1.980. Los verdaderos religiosos deben observar y vivir el Evangelio, para copiar en ellos a Cristo casto, pobre, obediente y mortificado. Los que rehuyen la cruz terminan llevando una vida empobrecida.

1.981. Se quiere «estar al día», pero ¿cómo?:

—A los que dicen: «La obediencia es un atentado contra la libertad humana», hay que contestarles: Mirad a Cristo que «*se hizo obediente hasta la muerte...*».

1.982. —A los que reducen la oración a «dar testimonio a los demás», ¿qué hemos de decirles sino que miren al Maestro que «*pasaba las noches orando*»?

1.983. —A los que hablan de humildad mientras no se pisotee la dignidad humana, que miren a Cristo «*escarnio de la plebe*», «*ludibrio de las multitudes*», «*crucificado entre ladrones*»...

1.984. A muchos había que contestar como Santa Teresa a aquel teólogo, que le mandó 33 razones teológicas para decir que no debía fundar en pobreza: «Para nada quiero su teología, si no va conforme al Evangelio» (M. L. Vaso roto).

1.985. «Yo creo que la renovación, más que sobre una mesa de estudio, se resuelve en el silencio de una vida interior, y creo que más que comisiones para deliberar problemas, hacen falta *meditaciones...*» (M. L.).

1.986. La vida religiosa debe ser vida de mortificación exterior e interior, vida de sacrificio y de entrega al Amor... conforme a las exigencias del Evangelio.

1.987. La renovación que no se apoya en el Evangelio es una falsa renovación.

RESURRECCION DE JESUCRISTO

1.988. (Un ángel) *les dijo: ¿Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado? Ha resucitado, no está aquí* (Mc. 16, 6).

1.989. *Cristo murió por nuestros pecados..., fue sepultado..., resucitó al tercer día, según las Escrituras... Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana nuestra fe...; pero no; Cristo ha resucitado de entre los muertos como primicia de los que mueren* (1 Cor. 15, 5 ss).

1.990. *Cristo resucitó... y se apareció a Cefas (Pedro), luego a los doce, después se apareció una vez a más de quinientos hermanos...* (1 Cor. 15, 4-6).

Jesús resucitó «por su propia virtud». Si a veces dice la Escritura que «fue resucitado por Dios», entiéndase en razón de su naturaleza humana o creada, pues Jesús es Dios, y con su resurrección se cumplieron las profecías: las dichas por El, de que sufriría muerte de cruz (Mt. 26, 2), y de que resucitaría al tercer día (Mc. 10, 34), y la anunciada por David, diez siglos antes, de que cuerpo no vería la corrupción (Sal. 16, 10).

La resurrección de Cristo es el mayor de los milagros, el dogma fundamental del cristianismo. Si este fuese falso, serían falsos los demás y vana sería nuestra fe; mas es menester confesar que la resurrección de Cristo es un *hecho real e histórico*, porque los Evangelios *son históricos*, íntegros y verídicos.

Cristo murió. Los cuatro Evangelios nos dicen que «expiró» en una cruz (Mt. 26, 56). Los judíos, al ir a romper las piernas de Jesús y los crucificados con él, para que terminasen de morir, vieron a Jesús muerto, y no le rompieron las piernas (Jn. 19, 31-33). Después colocaron su cuerpo en el sepulcro, y sus enemigos pusieron guardia, no siendo que resucitara como había dicho, y todo fue en vano.

Cristo luego se mostró vivo. Primeramente un ángel lo atestiguó al decir: «Resucitó, no está aquí» y resucitó según lo había predicho (Mt. 28, 6), y sus muchas apariciones *verdaderamente reales e históricas y no imaginativas.* a Pedro, a la Magdalena, a los discípulos de Emaús, a los doce, lo prueban... y resucitó corporalmente (Lc. 24, 39-43).

Cristo resucitó para nunca más morir (Rom. 6, 9) y nosotros también resucitaremos (1 Cor. 15, 12-17 ss).

RIQUEZAS

1.991. Las riquezas, como don de Dios, son buenas; lo que es malo es su abuso. «Las riquezas no son en sí pecado; pero es un pecado no distribuirlas a los pobres y emplearlas en el mal» (S. Crisóstomo).

1.992. Desnudo he venido a la luz del día, y desnudo la dejaré; ¿para qué he de sudar en vano, viendo que la muerte no me dejará nada? (El filósofo Luciano).

1.993. Las riquezas son semejantes a la serpiente; el que las recoge sin mil precauciones, siente pronto que su alma está aprisionada y mordida (S. Clem. de Alejandría).

1.994. Muchos son los parientes del dinero, y no del rico (Isócrates).

1.995. El que asiste a un moribundo con la esperanza de heredarle, es un buitre que vuela alrededor de un cadáver (Séneca).

1.996. ¿Quieres ser rico? Pues no te afanes en aumentar tus bienes, sino en disminuir tu codicia (Epicuro).

1.997. La gloria de las riquezas no brilla en las mesas espléndidas, sino en los socorros distribuidos a los desgraciados.

1.998. El rico del Evangelio se preocupaba en construir mayores graneros para su mucha cosecha, y San Basilio comenta: ¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: esos graneros son el estómago de los pobres hambrientos.

1.999. El pobre a quien socorres, te hará rico. Quien al pobre cierra la puerta, la del cielo no la hallará abierta.

2.000. Cuando socorres al pordiosero, piensa: Estoy prestando dinero a Dios.

2.001. El rico es semejante a un árbol cargado de frutos: Si los da, vale mucho; si los retiene se pudre.

2.002. El verdadero rico de este mundo es el que vive contento.

2.003. En nada perjudica al alma el cuidado de los negocios domésticos, si es moderado, y deja tiempo para la oración, la lectura y recogimiento espiritual (S. F. de Sales).

2.004. ¿Os inquietan los tesoros? Dadlos a los pobres, y los volveréis a encontrar en el cielo, en donde están completamente seguros (S. Agustín).

2.005. Las riquezas afluyen a las manos de los que las distribuyen con largueza (S. Clemente de Alejandría).

2.006. No olvides el dicho de Jesucristo: «*Hay mayor dicha en dar que en recibir*» (Hech. 20, 35). ¡Dichosos los que van experimentando esta felicidad al repartir sus bienes en obras que miran a la gloria de Dios!

2.007. El que no puede llevar consigo lo que tiene, no es rico; porque lo que tenemos que dejar aquí en la tierra, no nos pertenece, es de los demás (S. Ambrosio).

2.008. Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, a quien no le va nada en los negocios del mundo..., porque aquí no tienes domicilio permanente (Kempis).

2.009. Mis padres me han dejado una herencia, ¿qué hago con ella? Respondió el anciano: ¿qué quieres que te diga?... Si te digo: «Dásela a tus parientes», no tendrás recompensa alguna. Si quieres oirme, dásela a los necesitados y te librarás de inquietudes (Un eremita).

2.010. El que da al pobre se parece al agricultor, que no pierde al dejar la simiente en la tierra, sino que saca diez veces más. He aquí un cambio que puede hacerse, un negocio: Dad pan, y recibiréis el paraíso; dad poco, y

recibiréis mucho; dad lo que es precedero, y recibiréis lo eterno (S. J. Crisóstomo).

2.011. Las riquezas de la tierra no son verdaderas. «¿Qué son estas riquezas que os hacen recelar hasta de vuestro criado, sospechando que os las quite, os asesine y huya? Si fueran verdaderas riquezas, os darían seguridad» (San Agustín).

2.012. El rico que tiene su corazón en las riquezas es incapaz de comprender y gustar las cosas del cielo.

2.013. Tengamos los sentimientos del gran apóstol que decía: *Teniendo con qué comer y vestir, ya debemos estar contentos* (1 Tim. 6, 8).

2.014. *No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón* (Mt. 6, 19-21).

2.015. *Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre la miseria que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida... Vuestro oro y vuestra plata comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros...* (Sant. 5, 1-3).

2.016. *¡Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos, hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios...!* (Is. 5, 8).

2.017. *A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida* (1 Tim. 6, 17-19).

2.018. *Bienaventurado el varón irrepreensible que no corre tras el oro. ¿Quién es éste que le alabemos? Porque hizo maravillas en su pueblo* (Eclo. 31, 8-9).

2.019. *Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón* (Sal. 62, 11).

2.020. *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura* (Mt. 6, 33).

En el A. T. vemos que Dios da las riquezas (Eclo. 11, 14 ss) y que son estimadas, siempre que no supongan pecado (13, 23). Las riquezas como don de Dios son buenas; lo que es malo es su abuso. El rico Epulón se condenó, no por ser rico sino por haber usado mal de las riquezas...

La Biblia maldice sus abusos y también a los ricos que las retienen y se complacen en ellas (Is. 15, 8; Amos 6, 4 ss)... La riqueza es una idolatría (Mt. 6, 24; Col. 3, 5)...

Jesucristo llama «espinas» a las riquezas (Mt. 13, 22), porque lastiman nuestra alma al clavarnos con los pensamientos que sugieren, que atormentan al arrastrarnos al pecado... Ellas sofocan la palabra divina...

Las riquezas son un manantial de placeres y de crímenes. El rico que tiene su corazón en las riquezas conducen al lujo, el lujo a la lujuria, la lujuria a la indiferencia, la indiferencia a la incredulidad, a la herejía, a la idolatría, a la indiferencia...

«Las riquezas no son en sí pecado; pero es un pecado no distribuir las a los pobres y emplearlas en el mal» (S. J. Crisóstomo).

«No seáis, pues, como el avaro. Dad amplia salida a las riquezas. Como se da paso al río caudaloso dividiéndolo en pequeños cauces para que riegue la campiña, haced que vuestras riquezas discurran también por distintos caminos y lleguen a la casa de los pobres. El pozo del que continuamente se saca el agua, la mana siempre cristalina; si se la deja en reposo constante, se corrompe. Esa es la imagen de las riquezas, que atesoradas son inútiles, pero cuando se las mueve y pasan de unos a otros producen la comodidad y el bienestar común. Los hombres te alabarán, y sus alabanzas no serán sino un prólogo de las que ha de tributarte Dios (San Basilio).

Séneca dice: Podemos decir que los ricos tienen riquezas, como decimos que tenemos calentura; en tanto que la calentura es la que nos tiene. Deberíamos, pues, decir de los ricos: las riquezas los tienen, los atormentan, los crucifican. El rico que creéis dichoso, se queja muchas veces, es desgraciado, suspira, gime y sufre: varios van detrás de él, como las moscas siguen la miel (Epist. 119).

«Muchos son los parientes del dinero, y no del rico» (Isórt.).

La gloria de las riquezas no brilla en las masas espléndidas, sino en los socorros distribuidos a los desgraciados...

Las riquezas de la tierra no son verdaderas riquezas, y tenemos que aspirar a las eternas.

¿Para qué sudar en vano, si la muerte nos despojará de todo?...

SABIDURIA

2.021. Dios es la fuente de la sabiduría.

Toda la sabiduría viene del Señor y con El está siempre. Las arenas del mar, las gotas de la lluvia y los días del pasado, ¿quién podrá contarlos? La altura de los cielos, la anchura de la tierra, la profundidad del abismo y la sabiduría ¿quién podrá explorarlos?... La fuente de la sabiduría es el Verbo (la Palabra) de Dios en las alturas, y sus caminos los mandamientos eternos (Eclo. 1, 1-5).

2.022. *El sondea las huellas del abismo y del corazón y entiende sus maquinaciones, porque el Señor conoce toda ciencia (Eclo. 42, 18-19).*

2.023. *El con su poder ha hecho la tierra, con su sabiduría cimentó el orbe y con su inteligencia tendió los cielos (Jer. 10, 12).*

2.024. *Grande y poderoso es nuestro Señor, y su sabiduría no tiene límites (Sal. 147, 5).*

2.025. *¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inexcruables sus caminos! (Rom. 11, 33).*

2.026. Dios es el dador de la sabiduría.

Dios da la sabiduría y de su boca derrama ciencia e inteligencia (Prov. 2, 6).

2.027. *No te tengas por sabio; teme a Dios y evita el mal (Prov. 3, 7). Porque en el alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo esclavo del pecado (Sab. 1, 4).*

2.028. *El principio de la sabiduría es el temor de Dios; conocer al Santo, eso es inteligencia (Prov. 9, 10). (Conocer a Dios es el fundamento de toda ciencia).*

2.029. La sabiduría del mundo es una necesidad.

Escrito está: Destruiré la sabiduría de los sabios, desaprobaré la inteligencia de los doctos. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el letrado? ¿Dónde el investigador de este siglo? ¿No ha trocado Dios en necedad la sabiduría de este mundo? Porque, ya que según el plan divino, el mundo con la humana sabiduría no ha conocido a Dios, plugo a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación (1 Cor. 1, 19-21).

2.030. *La sabiduría de este mundo es necesidad de Dios... El Señor conoce cuán vanos son los pensamientos de los sabios (1 Cor. 3, 19-20)... Habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y se oscureció su insensato corazón. Alardeando de sabios se hicieron necios (Rom. 1, 21-22).*

2.031. La sana sabiduría se obtiene por el estudio y la oración.

El principio de la sabiduría es el deseo sincero de la instrucción, y procurar instruirse es amar la sabiduría. Amarla es guardar sus leyes, y observarlas es asegurar la incorrupción, y la incorrupción nos acerca a Dios. (Sab. 6, 17-19).

2.032. *Por eso oré y me fue dada la prudencia. Invoqué al Señor y vino sobre mi el espíritu de sabiduría (Sab. 7, 7).*

En Cristo se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2, 3).

2.033. *Si en vuestro corazón tenéis sólo celos amargos y rencillas, no será sabiduría terrena, animal, demoniaca... Mas la sabiduría de arriba es primeramente pura; luego pacífica, indulgente, dócil, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial, sin hipocresía... (Sant. 3, 15-17).*

2.034. Quien tenga sabiduría puede interiormente reconocerlo así, pero debe al propio tiempo confesar que la

ha recibido de Dios, y que a Dios se debe el honor y la gloria (Balmes).

2.035. Si aquellos que tratan familiarmente con sabios no tardan en participar de la sabiduría de la vida ¿qué diremos de los que en la oración tratan con el mismo Señor? ¿De cuánta sabiduría, prudencia y moderación no los llenará la oración? (Crisóst. s. 2 de orat.).

2.036. La sabiduría tiene su trono en las alturas, llama lo útil, fomenta la paz y nos invita a la concordia (Séneca).

2.037. El verdadero sabio es el que conoce a Dios, al Supremo Hacedor de cuanto existe y causa primera de todas las causas.

2.038. «El principio», el fundamento o base sólida de la verdadera sabiduría «es el temor de Dios», o sea, la práctica de la religión (Prov. 1, 7).

2.039. Toda la sabiduría del hombre consiste en un solo punto, que es conocer a Dios y servirle (Lactancio). San Pablo la cifra en el conocimiento de Jesucristo y de Este crucificado (1 Cor. 2, 1-2).

2.040. El sabio es el que ve las cosas tales como son en sí mismas (S. Bernardo), es decir, las cosas divinas como divinas, las humanas como humanas, y distingue las eternas de las transitorias...

2.041. *En el alma maliciosa no entrará la sabiduría ni morará en cuerpo esclavo del pecado* (Sab. 1, 4).

2.042. La sabiduría es para el hombre lo que el piloto es para el buque, el magistrado para la ciudad, el general para el ejército, el alma para el cuerpo, y el espíritu para el alma (Filon).

2.043. *Si alguno de vosotros necesita sabiduría, pídale a Dios, que da a todos con abundancia, y no echa en cara sus dones, y se la dará* (Sant. 1, 5).

2.044. *Aparta del mal todos tus pasos, no te desvies a la derecha ni a la izquierda* (Prov. 4, 27), porque lo mismo se puede pecar por exceso que por defecto. Todos los extremos son viciosos: la virtud está en el medio.

2.045. Los que no conocen a Dios o conociéndole no le glorifican, *alardeando de sabios, son necios* (Rom. 1, 21-22).

2.046. Los sabios son los que buscan la sabiduría; los necios piensan ya haberla adquirido (Napoleón).

2.047. El saber es la parte más considerable de la felicidad (Sócrates).

2.048. Si quieres parecer sabio, trabaja para serlo (Vives).

2.049. Los conocimientos hacen a los hombres mansos y suaves (Montesquieu).

2.050. La ciencia es sin disputa el mejor, el más brillante adorno del hombre (Jovellanos).

2.051. Poca ciencia aleja muchas veces de Dios, y mucha ciencia conduce siempre a El (Cacón).

2.052. Ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma (Rebelais).

2.053. La mejor guía del entendimiento práctico es la moral (Balmes).

2.054. Más vale saber que haber (Refrán).

2.055. El mejor ornato de la sabiduría es la humildad.

2.056. *Porque Yahvé da la sabiduría y de su boca derrama ciencia e inteligencia* (Prov. 2, 6).

2.057. El sabio no dice nunca lo que piensa, pero siempre piensa lo que dice, y antes de hablar examina si lo que va a decir vale más que el silencio.

2.058. Poco sabe, por mucho que sepa, quien no sabe hablar con dignidad y limpieza.

2.059. ¡Cuántos hombres que presumen de inteligencia, ignoran que sólo está bien lo que conduce al Bien!

2.060. Donde todos sirven para todo, nadie sirve para nada (S. Agustín).

2.061. Una cabeza sin memoria es una plaza sin guarnición (Napoleón).

2.062. ¿Cuál es la cosa más difícil, la más fácil y la más dulce en este mundo? Tales, uno de los sabios de

Grecia, respondió: La más difícil es conocerse a sí mismo; la más fácil es dar consejos, y la más dulce es obtener lo que se desea.

2.063. El gramo de sentido común, vale más que el kilogramo de talento.

2.064. Los hombres de mérito y de un exterior sencillo, son como joyas guardadas en una cáscara de nuez.

2.065. Cuando miras a las criaturas, apartas la vista del Creador (Kempis).

2.066. Sólo el sabio retrocede para tomar el verdadero camino.

2.067. Aquel que sabe todas las cosas como son, no como se dicen o estiman, es verdaderamente sabio.

SACERDOTE

2.068. *Todo sacerdote es entresacado de los hombres, e instituido en favor de ellos en orden a las cosas que miran a Dios, para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados...* (Heb. 5, 1-2).

2.069. *(El es) el ángel del Señor de los ejércitos (Mal. 2, 7); hombre de Dios (1 Tim. 6, 11) (con poderes admirables).*

2.070. *Vino Jesús y les dijo: Como me envió mi Padre, así os envío yo... Recibid el Espíritu Santo, a quien perdonaréis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuvieréis le serán retenidos (Jn. 20, 21-23).*

2.071. *Me ha sido dado poder en el cielo y en la tierra: Id, pues, enseñad a todas las gentes... (Mt. 28, 19). Id por todo el mundo predicad el Evangelio a toda criatura (Mc. 16, 15).*

2.072. *Tomad y comed; Esto es mi cuerpo... Haced esto en memoria mía (Mt. 26, 26; Lc. 22, 19).*

2.073. *Somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros... (2 Cor. 5, 20).*

2.074. *Es preciso que los hombres vean en nosotros a los ministros de Cristo y a los administradores de los misterios de Dios* (1 Cor. 4, 1).

2.075. *Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo... Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que, viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt. 5, 13 y 16).

2.076. El sacerdote es un elegido y entresacado de los hombres para bien de los mismos hombres, es «otro Cristo», el cual ejerce la misión de perdonar los pecados, consagrar o hacer presente a Cristo en el altar y predicar oficialmente el Evangelio.

2.077. El sacerdote es el «hombre de Dios» (1 Tim. 6, 11), «embajador de Cristo, dispensador de los misterios de Dios» (2 Cor. 5, 20; 1 Cor. 4, 1), sal de la tierra y luz del mundo (Mt. 5, 13).

2.078. El sacerdocio es la cima de todas las dignidades y títulos del mundo (S. Ignacio Mártir).

2.079. Nada hay en la tierra que iguale a la dignidad sacerdotal (San Ambrosio).

2.080. ¡Oh sacerdote, tú eres digno de toda veneración, porque al igual que en el seno de María, el Hijo de Dios se encarna en tus manos (S. Agustín).

2.081. Aquel sin duda merece ser tenido por verdadero ministro de Dios, que teniendo el cuerpo en la tierra y trabajando con los hombres, con el alma está en el cielo por la oración (S. J. Clímaco).

2.082. Si yo me encontrara con un sacerdote y un ángel, saludaría primero al sacerdote (S. F. de Asís).

2.083. El sacerdote es sumamente necesario. El Santo Cura de Ars lo manifestó así: «Dejad veinte años a un pueblo sin sacerdote, y en ese pueblo se adorará a las bestias».

2.084. Dios habla a los hombres por medio del sacerdote (2 Cor. 5, 20), y por lo mismo el que oye al sacerdote, oye a Cristo, y el que le desprecia también le desprecia a El (Lc. 10, 16).

El sacerdote, entresacado de los hombres, debe tener estas condiciones: 1. *elección divina*, pues es «elegido» de entre los hombres, y es hombre del pueblo y hombre de Dios; 2. *en beneficio de los hombres*, esto es, no es sacerdote para sí, sino en bien de los demás y su representante ante Dios; 3. *ejerce su ministerio* «en orden a las cosas que miran a Dios»; 4. *su función esencial* es el sacrificio: «para ofrecer dones y sacrificios por los pecados»; y 5. *celo compasivo*...

El sacerdote es «otro Cristo», pues obra «en la persona de Cristo», ya que «cuando el bautiza, Cristo es el que bautiza, y cuando él perdona es Cristo el que perdona...

S. Juan Crisóstomo dice: Aquel que honra al sacerdote, honra a Cristo, y el que ultraja al sacerdote, ultraja a Cristo...».

Grande es la dignidad del sacerdote, y ésta, como dice San Pío X, requiere gran santidad de vida, y la exige para bien de los demás.

«El sacerdote ocupa un lugar intermedio entre Dios y el hombre; es menos grande que Dios, pero es más grande que el hombre» (Inoc. III).

«Quien dice sacerdote, dice hombre divino. Esta dignidad es angélica o más bien divina» (S. Dionisio).

«El sacerdocio es la cima de todo» (S. Ignacio M.) «El sacerdote es tan superior a las dignidades superiores de la tierra, como el alma es superior al cuerpo» (S. Clem. Lib. III).

¡Oh sacerdotes! Dios os ha puesto por encima de los reyes y de los emperadores, y hasta por encima de los ángeles!» (S. Bernardo).

«La dignidad de los sacerdotes es grande pero su ruina también es grande si pecan. Alegrémonos por su elevación, pero temblemos por sus culpas» (San Jerónimo).

«Es preciso que la conducta corresponda a la dignidad» (S. Ambrosio). Oremos por los sacerdotes y procuremos honrarlos, porque el que lo honra, honra al mismo Cristo. Jesucristo lo dijo: «El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que os desprecia, a Mí me desprecia».

SANTIDAD

2.085. *Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación...* (1 Tes. 4, 3).

2.086. *Sed santos porque Yo soy santo* (Lev. 9, 2). *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt. 5, 48).

2.087. *Como hijos de obediencia, no os conforméis a las concupiscencias que primero teníais en vuestra ignorancia, antes, conforme a la santidad del que os llamó, «sed santos en todo vuestro proceder, porque escrito está: Sed santos, porque santo soy Yo»* (1 Ped. 1, 14-16).

2.088. El reino de los cielos padece violencia, y los que se la hacen lo arrebatan (Mt. 11, 12).

2.089. *Pero ahora libres de pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación y por fin la vida eterna* (Rom. 6, 22).

2.090. *En el mundo habéis de tener tribulación* (Jn. 16, 33).

2.091. *Os ruego que, como peregrinos, os abstengáis de los apetitos carnales que combaten contra el alma* (1 Ped. 2, 11), llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Cristo... (2 Cor. 4, 10).

2.092. Dios «nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos» (Ef. 1, 4) y nos invita a la santidad: «*Sed santos, porque Yo soy santo*» (Lev. 9, 2) y debemos serlo en la medida que nos es posible.

2.093. ¿Qué es la santidad? Según los Evangelios es vida de gracia, de unión con Dios. Esto supone vencimientos, sacrificio, cumplimiento de la ley de Dios y del propio deber.

2.094. La vida de gracia es una vida nueva que se recibe a modo de germen en el bautismo, la que ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno mediante la misma gracia de Dios y el esfuerzo personal.

2.095. El que quiere ser santo es el que no se limita a decir: «quiero serlo», sino el que está dispuesto a todos

los sacrificios y pone los medios para adquirir la santidad y practicar todas las virtudes.

2.096. A los santos les costaba domar sus brusquedades, ceder en su parecer... y con el tiempo y la constancia lograron dominarse.

2.097. La santidad es ausencia de pecado, vida de gracia y de amor a Dios y al prójimo.

2.098. No está la santidad en el verbo: trabajar... orar... hacer, actuar. Está en el adverbio: plenamente, cuidadosamente, exactamente, o sea, con la perfección posible.

2.099. La santidad no está en hacer esto o lo otro, sino en hacerlo cumpliendo la voluntad de Dios, pues *«no todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Dios»* (Mt. 7, 21).

2.100. No queramos ir por el camino no andado, sino por el que han ido todos los santos (S. Teresa de Jesús).

2.101. ¡Qué difícil es mantener la serenidad..., cerrar los labios... y conservar el alma en paz cuando se nos ha injuriado o atropellado! Sin embargo, todos los santos hicieron eso.

2.102. Tanto te santificas cuando te mortificas.

2.103. Todas las circunstancias y personas que te rodean las escogió Dios para ti desde que pensó en ti... y esas y no otras te santificarán.

2.104. No eres santo porque te alaben, ni peor porque digan de tí cosas censurables, eres sencillamene lo que eres. El hombre mira las acciones, Dios pesa las intenciones (Kempis).

2.105. Los ejemplos de los santos te enseñan lo que has de hacer y lo que debes evitar (S. Jerónimo).

2.106. La santidad es vida de gracia, y progresar en esta vida es progresar en santidad.

2.107. La santidad es obra de la gracia y obra nuestra, pues depende de nuestra voluntad, de amar mucho a Dios y al prójimo por Dios, y por amor a Dios debes lu-

char contra las pasiones, corresponder con bondad a la malicia del prójimo, y a la dureza con la dulzura...

2.108. Sólo existe una tristeza, no ser santo (León Bloy).

2.109. Verdaderamente las palabras sublimes no hacen al hombre santo ni justo; es la vida virtuosa la que le transforma en amigo de Dios (Kempis).

2.110. El empezar es de muchos..., el terminar es de santos. No te quedes a mitad del camino.

2.111. No somos santos para nosotros solos, somos santos para todos, y para todos dejamos de serlo cuando fallamos en el amor (Teresa M^a de Jesús O. P.).

2.112. Sólo el santo es capaz de revolucionar el mundo.

2.113. Quiero ser santo. Estas palabras suenan a vacío cuando las obras no van llenando esas palabras. Es mejor ser sin decirlo, que decirlo sin ser.

2.114. La santidad es la única razón de ser de un alma consagrada. Si no es santa, ¿para qué sus renunciaciones, sus votos, su consagración y su vida?

2.115. Los santos no nacieron santos; llegaron a la santidad después de una larga continuidad de vencimientos propios (S. Micaela de Stmo. Sacramento).

2.116. El Conc. Vaticano II nos dice: «Todos estamos llamados a la santidad, ya pertenezcan a la jerarquía, ya a los fieles, porque Cristo es santo...», y nos enseña cómo podemos santificarnos sacerdotes, religiosos, obreros... (LG. 39-42).

2.117. «Para ser santos la virtud más necesaria es la energía», esto es, quererlo de veras, poner los medios conforme a la voluntad de Dios (S. Teresa de Lisieux).

2.118. Toda la santidad consiste en amar a Dios, y todo el amor a Dios consiste en hacer su voluntad (S. Alf. María).

2.119. La santidad no es complicada, pero es heroica exige vencimientos.

2.120. Persuadíos bien, que la santidad sólo se adquiere entre espinas y contradicciones (S. Alfonso M^a).

2.121. El mejor camino para lograr la perfección es sufrir muchas adversidades grandes por el amor de Jesucristo (San Ign. de Loyola).

2.122. Los santos han conseguido ser santos por haber tenido el valor de empezar a tratar de serlo todos los días.

2.123. «La vana quimera de cambiar ha engañado a muchos». La santidad no está aquí o allí, sino donde está la persona. «El obstáculo número uno para la santidad eres tu, y donde quiera que vayas, va contigo» (Kempis).

2.124. Para lograr la santidad no es preciso maldecir el mundo; basta dejarlo (Gar-Mar).

2.125. Todo hombre sería santo si amase a Dios como se ama a sí mismo (Id.).

2.126. Lo admirable en el santo es que tiene que ser santo entre necios (Id.).

2.127. ¿Qué quieres ser santo? He aquí una receta: «Ama a todos como te amas a ti mismo».

2.128. La santidad exige fidelidad al cumplimiento del deber. «Haz lo que haces», es decir, esas cosas ordinarias de cada día, hazlas de *un modo extraordinario*, o sea, con fervor, con diligencia y fidelidad y no con negligencia, dejadez o tibieza.

2.129. No haréis santos, si no sabéis el oficio. El oficio es una santidad personal (A. Amundaraim).

2.130. Puesto que la santidad es amor, es celo, es fuego, un alma santa en la calle, en medio del mundo, necesariamente será apóstol (Id.).

2.131. Si no me hago santo de joven, jamás llegaré a serlo (S. Juan Bermans).

La santidad equivale a «perfección», según las palabras de Cristo: «Sed perfectos...», en la medida que nos es posible... La esencia de la perfección está en el amor o unión con Dios: «Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón... y al prójimo como a ti mismo».

El Vaticano II nos dice que todos estamos llamados a la perfección, a la santidad, ya pertenezcan a la jerarquía, ya a los fieles, porque Cristo es santo.

Los presbíteros se pueden santificar en el ejercicio- de su triple ministerio...; *los religiosos* en la práctica de sus votos (LG. 43-44), y *los obreros* en su duro trabajo hecho con espíritu de caridad para ayudar a sus conciudadanos... y los que viven *en pobreza y dolor*, se santificarán uniendo sus trabajos y dolores a los de Cristo por la salvación del mundo... y después de un poco sufrimiento, El los llamará a su eterna gloria (1 Ped. 5, 10)... (Véase LG. 41).

La santidad es ante todo un don de Dios, comunicado en el bautismo, por el que quedamos justificados. Por tanto todos somos llamados a la santidad, pero no en virtud de nuestros méritos, sino por designio y gracia de Dios.

Conviene notar que la vida nueva o vida de la gracia, que se recibe a modo de germen en el bautismo, ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno de los justificados a lo largo de su vida *mediante la gracia de Dios y el esfuerzo personal*, cuyo esfuerzo consiste en seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, o sea, el cristiano debe conformarse con su imagen (Rom. 8, 29).

¡Con qué facilidad decimos muchas veces: Hay que ser santos! Pero conviene tener muy presente que la santidad no es comodidad o vida de sentidos; santidad, según los Evangelios, es ausencia o limpieza de pecados, vida de gracia, vida interior, unión con Dios, y esto supone vencimiento, sacrificio, cumplimiento de la ley de Dios y del propio deber, abnegación, cargar con la propia cruz y saber sufrir con alegría y amor...

¿Quieres ser santo?

«Dices que quieres ser santo y perfecto. Esto es no decir nada; porque eso lo quiere todo el mundo. Todos quisieran ser buenos si no costara nada. Lo que importa es saber si estás dispuesto a todos los sacrificios y a poner todos los medios para adquirir la perfección y la santidad y practicar todas las virtudes. Sin esto no hay virtud ni santidad posible.

La condición que Dios nos puso para alcanzar los bienes del cielo es la mortificación. Por eso hay tan pocos santos y virtuosos en verdad.

Hay que convecerse de una vez para siempre que sin mortificación ni vencimiento propio no hay virtud ni perfección posible; todo lo demás es pura ilusión y engaño.

Hasta hoy nadie en el mundo ha descubierto otro camino para ir al cielo que el de la cruz y seguimiento de Cristo. «El reino de los cielos padece violencia, y los violentos, lo que se vencen a sí mismos lo arrebatan... (P. Osende O. P.)

Procuremos no sustituir las palabras: «mortificación, humildad, obediencia, pobreza, abnegación, sacrificio...» por otras que suenan a libertad, liberación, generosidad, abertura, responsabilidad... Que no haya que decir, como en tiempo de San Pablo, que la «cruz es escándalo para los judíos y locura para los gentiles»...

SANTOS (Fiesta de todos los)

2.132. *Dios nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos* (Ef. 1, 4).

2.133. *Sed santos en todo vuestro proceder, porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo* (1 Ped. 1, 15-16).

2.134. Oí que el número de los sellados era de ciento cuarenta y cuatro mil, sellados de todas las tribus de los hijos de Israel... Después de esto miré y vi una muchedumbre grande, que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, que estaban delante del trono y del cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en las manos... Estos vestidos de túnicas blancas, ¿quiénes son y de dónde vinieron?... Estos son los que vienen de la gran tribulación, y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero (Apoc. 7, 4 ss).

2.135. *Bienaventurados los pobres en el espíritu..., los que sufren..., los que lloran... porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt. 5, 2 ss).

El día 1º de noviembre celebramos todos los años la festividad de «Todos los Santos», no sólo los canonizados, sino de todos los que han muerto en gracia y amistad con Dios y que